

taciones ridículas. Una revolución lo exaltó a la Primera Magistratura, sin que el salto desquiciara su austero criterio de la vida.

Nada place más que ver a un hombre de nuestra raza en el cual no se cumple aquello del enloquecimiento que dan las situaciones elevadas cuando se llega a ellas bruscamente; nada atrae más que observar la severa línea de sencillez que sigue rigiendo la vida de este antiguo propietario rural convertido en Jefe de un país riquísimo.

Mi primera entrevista con el Presidente Obregón tuvo lugar hace ocho meses; pero yo he querido escribir mis impresiones sobre él después de orientarme un poco en la vida mexicana y oír diferentes apreciaciones sobre su Gobierno.

Hoy puedo sintetizar así sus características de mandatario: energía revolucionaria; sensatez de organizador; lealtad hacia la democracia que fué su bandera, y política hispanoamericana de hombre fiel a su raza.

GABRIELA MISTRAL

Fin de semana

Sábado

Yo no he sentido nunca esta delicia de las parejas pobres que se paran a ver en los espejos de los aparadores, en las tardes del sábado, unas joyas baratas y unas cuentas de colores...

¡Se aprietan uno al otro con un silencio tan lleno de codicias interiores!
¡Forman, así, un conjunto tan sencillo, tan natural, que se quisiera entonces ser nada más un pobre del brazo de otro pobre!...

Domingo

¡Domingos! Ese tedio sin remedio de los domingos de los barrios ricos, con sus calles vacías y esas palmas cansadas de mecer sus abanicos.

Las tiendas son la vida de los barrios y están cerradas los domingos... Sólo los chicos que no van al cine y que bailan en torno de un cilindro, ponen algún rumor en esta calle... ¿Por qué no habrá trabajo los domingos? Trabajo... Escuelas... Sí, algo: un pretexto para seguir viviendo sin motivo...

JAIME TORRES BODET
(Mexicano)

(Del próximo tomo *Los Días*).

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Caperucita Roja

(Fantasía escénica)

Segunda Parte

Habitación amplia, de techo bajo y oscuras vigas. Al fondo, frente a la escena, ancha ventana de vidrios pequeños. En un rincón, cama matrimonial, de columnas torneadas. En otro rincón la cama de Caperucita, con las cortinas de tela blanca, descorridas. Caperucita está acostada, enferma, sumida en sopor. A ratos tose. De afuera llega el ruido de la tempestad.

SEÑORA MARTINA.—(Pasa la mano por la frente de la niña y mueve la cabeza, desconsolada). Está que arde. ¡Hijita de mi corazón! Ya no sé qué hacerle. Si alguien se animara a ir en busca del médico... ¡Pero, quién se atrevería, con tal nevada, a atravesar de noche el bosque encantado!

LA MOLINERA.—¿Le dió Ud. melisa con miel? ¿Le puso la reliquia de cola de lagarto? ¿Le rezó la oración de Santa Gudula?

SEÑORA MARTINA.—¡Todo, todo le he hecho y la fiebre sigue y ni abre los ojitos de cielo la niña mía! Vea cómo tiene de encendidas las mejillas, señora Simona. Y no es ¡ay! por salud, sino que es color de mal.

(Va a arrodillarse ante la hornacina de la Virgen y se pone a rezar con fervor. La abuela deja el rosario y se aproxima a la cama, de cuya cabecera toma una palma bendita).

LA ABUELA.—Voy a vencerla. Quizás esté hechizada. La oí murmurar cosas raras... Habla de La Gigantona, del enano del bosque, del lobo... Sí, esta niña no está bien.

(Hace en el aire, lentamente, con la palma, la señal de la cruz sobre la cabeza de su nieta, mientras murmura las palabras del conjuro santo:

¡San Silvestre:

quítale el embrujo cueste lo que cueste!

¡Daga de San Galo:

húndete en los ojos dañados del malo!

¡Santa Cunegunda:

haz, si es un hechizo, que en llamas se hunda!)

(Truena. Caperucita, inquieta, vuelve a toser y grita, entre la fiebre):

CAPERUCITA.—Lobo... Lobo...

SEÑORA MARTINA.—¡Pedazo de mi corazón! ¡Ah, si viniera el médico!

(El lobo asoma la cabeza por la rendija de la puerta, mira, escucha y desaparece. El perro gruñe).

LA MOLINERA.—¿No se animaría Juan el Bobo a ir hasta la aldea?

SEÑORA MARTINA.—¡Tiene Ud. razón!

(Toma un cuerno de encima del arca, abre la puerta y sopla tres veces. A lo lejos el eco repite el llamamiento. Luego entra).

SEÑORA MARTINA.—Así lo llamo siempre que lo necesito o que me sobra comida para darle. No tardará.

LA ABUELA.—Me parece haber visto, atisbando hacia adentro a través de los vidrios de la ventana, una gran cara blanca, muy rara...

SEÑORA MARTINA.—Cállese Ud. por favor, madre. Esto parece una pesadilla.

CAPERUCITA.—Agua... Gigantona...

(Ruido de zuecos. Se abre la puerta con violencia y entra Juan el Bobo).

JUAN EL BOBO.—¿Qué me tienes ahora, ñora Martina? ¿Chuletas de puerco? ¿Jamón con huevo? ¿Tortilla de cebolla? (Se chupa los dedos).

SEÑORA MARTINA.—No grites, bruto. ¿No ves que la niña está enferma?

JUAN EL BOBO.—(Acercándose a la cama, de puntillas). ¿Amita Caperucita está enferma? Ji... ji... ji... (Gimotea).

LA MOLINERA.—(Empujándole). ¿Quieres callarte, animal?

LA ABUELA.—El pobre quiere mucho a la niña y no sabe expresar su pena de otro modo.

SEÑORA MARTINA.—Juan, te daré una chaqueta de paño, un cesto de huevos y un cabrito si vas a la aldea a llamar al médico para que cure a Caperucita.

JUAN EL BOBO.—(Rascándose la cabeza). H... u... u... ¿Y el lobo? H... u... u... ¿Y la Gigantona? H... u... u... ¿Y Barba de Plata, que esconde trampas bajo la nieve? (Con la cabeza y los brazos, balanceando exageradamente el cuerpo, de un lado a otro, hace signos negativos). ¡Nooo...! Noooo!

SEÑORA MARTINA.—Se morirá mi hijita... ¡Ay, ay, ay!

LA ABUELA.—(Llorando). ¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¡Ay, ay, ay!

JUAN EL BOBO.—¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¿Tú no te acuerdas, Juan, cuando Caperucita te llevaba leche caliente a tu choza, el invierno pasado, que estuviste tan enfermo?

JUAN EL BOBO.—(Rascándose la ca-